

La Almudaina

DIARIO DE LA MAÑANA—AVISOS Y NOTICIAS

	Pta.	Cts.
España	125	
Extranjero (Unión Postal)	225	
Ultramar	050	

Número suelto 5 cts.

Fábrica de Guantes

DE
FELIX ROVIRA É HIJO

Grande y variado surtido de guantes para señora, en pieles de Rusia, Suecia y cabritilla.

GUANTES DE TRES BOTONES A 9 RS. PAR

Especialidad en guantes para caballero, en toda clase de pieles: de caballo, perro forrada, gamuza, inglés, etc.

Surtido completo en guantes casimir y de hilo para militares.

5-BROSSA-5

La crisis

(De *El Imparcial* del domingo)

No nos equivocamos ayer al afirmar que ya estaba planteada la crisis y que solo le faltaba un mero detalle de formalidad, con el cual se cumpliría en seguida. Los hechos han venido á corroborar todo esto.

Ahora relataremos los trámites por que ha pasado la crisis; mejor dicho, daremos cuenta del desarrollo que tuvo el sábado, y como es natural, empezaremos por el principio.

Muy de mañana llegó á Madrid el señor Romero Robledo, á quien esperaban en la estación de las Delicias numerosos amigos, no pocos socios del Circulo reformista y pretendientes y el Sr. Bosch y Fusteguerras.

Una vez en su alojamiento, el Sr. Romero Robledo celebró una larga conferencia con su lugarteniente Sr. Bosch, quien salió muy complacido y con aire de triunfo, como si tuviera ya en la mano el objeto de tantas ansias y tantos trabajos para los hombres políticos: la cartera de ministro.

Poco después recibió el Sr. Romero dos cartas: una del marqués de Comillas citándole para las primeras horas de la tarde, y otra del Sr. Cánovas diciéndole que le esperaba á las tres.

Cumpliendo un deber de cortesia, el señor Romero, una vez tomado el desayuno y cambiado de ropa, fué á ofrecer sus respetos á S. M. la reina.

Hasta la una todo marchó bien para el jefe de los reformistas; pero desde esta hora, en que se avisó con el marqués de Comillas, empezaron á surgir para él contradicciones y disgustos.

Cuentan personas bien informadas que el marqués de Comillas tenía encargo—que cumplió—de decir al jefe de los reformistas lo siguiente:

—Amigo D. Francisco: sabe Vd. por el telegrama de Cánovas que la crisis está planteada; pero lo que Vd. ignora es que las cosas no van tan bien como fuera de desear. Los conservadores de abolengo, sin excepción entre canovistas puros y silvelistas, se han declarado en abierta rebelión contra la candidatura de Bosch. Han ido en comisión á ver á D. Antonio, ante el cual expusieron sus agravios. «Todo menos que Bosch sea ministro—dijeron.—Aceptamos la unión con los reformistas sólo porque Vd. la desea; pero eso de que venga Romero ejerciendo de potencia de primer orden, imponiendo condiciones y ministros nuevos, no debe tolerarse en bien del partido y en bien del jefe. Venga en buena hora arrepentido; pero que ocupe el lugar que antes tenía, que vaya él á desempeñar una cartera.»

D. Antonio—cuentan que añadió el marqués de Comillas—comprendió que los que así se expresaban eran lógicos, y desde entonces ha modificado su plan. No se le da la cartera á Bosch ni entrará en la combinación ninguno que no haya sido ministro. Usted tendrá que aceptar una cartera; pero para que no haga Vd. mal papel, también se trata de que figure en la combinación Elduayen. Con Bosch tiene Vd. una disculpa: la de decirle que no se harán ministros nuevos, á no ser el de Marina. Ya vendrá otra crisis, y entonces Vd. podrá conseguir la presidencia del Congreso y Bosch una cartera.

Por ahora hay que sacrificarse. Todo se andará luego.

Fáltame decirle que la cartera que piensa ofrecer á usted Cánovas es la de Ultramar. Allí se necesita ahora un hombre de pelea, que no se rinda á la fatiga. Hay que salvar la situación económica, y hay que sostener rudas batallas en las Cámaras todos los días.

Parece que el Sr. Romero se dolió mucho de la situación en que lo colocaban, y sobre todo de que no pudiera entrar el señor Bosch; pero al fin contestó que hablaría con el Sr. Cánovas y vería de arreglar las cosas del mejor modo posible.

No falta quien asegure que de casa del marqués de Comillas salió el Sr. Romero casi resuelto á aceptar la cartera de Ultramar siempre que el Sr. Elduayen aceptara la de Gobernación.

A las tres, poco más ó menos, entraba el señor Romero en la Huerta y celebró una conferencia con el Sr. Cánovas de una hora.

Se supone que el Sr. Cánovas amplió las noticias del marqués de Comillas y reforzó sus argumentos.

Lo cierto es que al llegar el Sr. Romero á su alojamiento mandó llamar al Sr. Bosch, quien no tardó en presentarse.

Se encerraron ambos en una habitación, y al cabo de una hora salió el Sr. Bosch como si le hubiera ocurrido una gran desgracia.

Quería disimular, pero no le fué posible: todos comprendieron que se le había escapado la cartera que ya tocaba con las manos.

Dejemos al jefe de los reformistas y á su lugarteniente y pasemos á referir otras cosas que sucedieron también por la mañana.

El Sr. Cánovas celebró en su casa una larga conferencia con el presidente del Congreso, Sr. Pidal, dándole cuenta de lo que proyectaba.

El Sr. Pidal, que no había sido citado por el Sr. Cánovas, dijo que iba espontáneamente á ofrecerle la presidencia del Congreso por si la necesitaba para la combinación que tenía entre manos.

Dióle el Sr. Cánovas las gracias y le dijo que por ahora no pensaba en utilizar su oferta.

Otra visita, también espontánea, recibió el Sr. Cánovas por la mañana, la del señor Cos-Gayón, que fué á exponer un capítulo de quejas porque el presidente del Consejo, sin decirle nada, había hecho ofertas, aunque condicionales, de la cartera de Hacienda al Sr. Camacho.

Cerca de las doce serían cuando el señor Cánovas entró en Palacio, donde permaneció hablando con S. M. la reina más tiempo del acostumbrado.

Luego se marchó á la Presidencia y envió un recado al Sr. Martínez Campos, el cual entraba una hora después en el despacho del Sr. Cánovas. Este le dijo que le llamaba como presidente del Senado para informarle de que iba á plantearse la crisis, explicándole luego su pensamiento.

Por último, y acabaremos con esto, el Sr. Cánovas se fué á la Huerta, donde recibió la visita del Sr. Romero Robledo, que ya dejamos relatada, y la del general Salcedo.

Algunos suponen que éste iba por una cartera; pero los que están mejor informados aseguran que fué á llevar al Sr. Cánovas la dimisión del cargo que ejerce en el ministerio de Marina.

Hubo durante la mañana y en las prime-

ras horas de la tarde algunas conferencias más de las que dejamos relatadas; las más importantes fueron, una entre los Sres. Villaverde y Silvela, otra entre el general Martínez Campos y el duque de Tetuan y otra entre los Sres. Pidal y Romero Robledo.

Las noticias de todas estas conferencias llegaron pronto al Congreso, donde la animación era aun mayor que anteayer.

De todas las noticias, la que más impresión produjo fué la de que el Sr. Bosch quedaba derrotado y su jefe el señor Romero Robledo aceptaba la cartera de Ultramar.

Entre los conservadores hubo gran alegría. No mostraron descontento tampoco los reformistas; antes bien, parecían más satisfechos con la cartera de Ultramar que con la de Fomento. Solo alguno que otro mostraba sentimiento por la decepción que sufría el Sr. Bosch.

Los conservadores aplaudían la entrada del Sr. Romero en el gobierno.

—Eso es lo gallardo—decían—eso es lo que procede. Que entre aceptando las responsabilidades y ocupando la misma categoría que tenía cuando se separó de nosotros. Ya que no ha hecho una larga penitencia, que vaya á trabajar y sufrir disgustos.

No faltaban conservadores que, mirando las cosas desde otro punto de vista más utilitario, exclamaran:

—Podemos renunciar á todos los destinos ultramarinos. Aunque es el ministerio donde de más puestos se dispone, ninguno será para nosotros. Tiene Romero muchos compromisos y su gente está muy necesitada del presupuesto.

Ya eran pasadas las cinco de la tarde cuando se reunieron los ministros en la Presidencia.

El Sr. Cánovas llegó el último, aparentando jovialidad y buen humor.

Hasta bromeo con los periodistas, pues al ver que había tantos esperando, desde tan temprano, el resultado del Consejo, les dijo:

—Señores, si hubiera sabido que esperaban ustedes, hubiese procurado venir más pronto.

A las cinco y media dió comienzo el Consejo que no duró más de tres cuartos de hora, pues á las seis y cuarto salían ya los ministros del despacho del Sr. Cánovas.

Lo ocurrido en el Consejo fué lo siguiente:

El Sr. Cánovas expuso en breves y concisas frases la situación actual de la política, diciendo que creía conveniente ensanchar los horizontes actuales del partido conservador, reforzándole con los elementos acudillados por el Sr. Romero Robledo, elementos que no son extraños al partido conservador, sino que por el contrario habían pertenecido á él, y con cuyo jefe, con el Sr. Romero Robledo, estaba completamente de acuerdo en las cuestiones políticas y económicas pendientes.

Todos callaron, excepto el Sr. Silvela que habló así, aunque mejor.

Comprendo perfectamente la conveniencia que para el partido conservador puede tener la suma de elementos tan importantes como los citados por el señor presidente del Consejo, tanto más, cuanto que según dice, están dichos elementos en completo acuerdo con el partido conservador, así en los asuntos referentes á la Península, como en los que tienen relación con Ultramar.

Pero—añadió el Sr. Silvela—comprendiendo estas innegables ventajas para el partido conservador, no puedo olvidar también que, habiendo combatido varias veces contra estos elementos, y habiendo sido yo el que por mi situación especial más directamente ha tomado parte en estos combates, no creo que soy el más autorizado, ni lo soy nada para llevar á cabo desde el ministerio de la Gobernación esta unión política de que habla el señor presidente, y que ya conocen los señores ministros.

Por estas razones, y porque al mismo tiempo no quiero ser obstáculo ni siquiera pretexto para que se hable de obstáculos á esta unión, la cual creen justa el presidente y otras importantes personalidades del partido conservador, por esta razón, repito, ruego al presidente que acepte la dimisión

de mi cargo, dimisión que tengo la honra de presentarle.

Y el Sr. Silvela, acompañando las palabras con los hechos puso sobre la mesa su dimisión escrita.

Quedaron por algunos momentos silenciosos los ministros; pues aunque conocían lo que había de pasar no por eso les sorprendió menos la actitud del Sr. Silvela, hasta que el duque de Tetuan, tomando, con la venia del presidente, la palabra, dijo que le parecía que el Sr. Silvela había exagerado algun tanto las dificultades que su presencia podría crear á la unión de los reformistas, pues él, el duque, entendía que por el contrario, esta unión sería más sólida y más ventajosa con la presencia del Sr. Silvela en el gabinete, á lo cual no se oponía razon ninguna.

En idéntico sentido habló algun otro ministro, pero el Sr. Silvela manifestó que agradecía las intenciones y la buena voluntad de sus compañeros para con él, pero que insistía en su propósito de dejar el puesto que ocupaba.

Entonces el Sr. Villaverde, jugando el todo por el todo, dijo que en vista de las manifestaciones del Sr. Silvela, y de los propósitos del presidente, él entendía—¡crúel!—que todos los ministros debían presentar la dimisión para facilitar la solución de la crisis al presidente del Consejo.

Y predicando con el ejemplo dió por presentada su dimisión.

Acto continuo todos los ministros presentaron la dimisión.

En aquel momento, el Sr. Cánovas acabó de asustarlos echando, como vulgarmente se dice, toda el agua al molino, diciendo:

—En algunos momentos he podido creer que esta crisis se limitaría á una sustitución de persona, pero despues de lo acontecido, la crisis es eminentemente política, ha de ser muy extensa, y no puedo menos de presentar todas las dimisiones, incluso la mía, á S. M. la reina, para que en su sabiduría determine lo más conveniente.

Despues del presidente volvió á usar de la palabra el Sr. Silvela, para decir que como comprendía que podrían seguir en el nuevo gobierno algunos elementos del actual, creía oportuno hacer constar que, fuesen los que fuesen los elementos de que constara el nuevo ministerio presidido por el Sr. Cánovas del Castillo, él prestaría su más incondicional apoyo al gabinete desde el banco del diputado.

Y con esto el Sr. Cánovas dió por terminado el Consejo; acordándose solamente que el Sr. Silvela pusiese una circular á los gobernadores dándoles cuenta de la crisis, y de que los actuales ministros continuaban al frente de sus respectivos departamentos hasta que estuviesen nombrados los nuevos titulares.

El Sr. Silvela fué inmediatamente á Gobernación á ordenar telegrafiasen dicha circular.

Un cuarto de hora permaneció todavía en la Presidencia el Sr. Cánovas, despues de terminado el Consejo; el tiempo suficiente para escribir su dimisión y preguntar por teléfono á Palacio á qué hora podría recibirle la reina.

Aún no habían terminado las audiencias en Palacio; por consiguiente, contestaron al Sr. Cánovas que la regente le esperaba.

Inmediatamente se dirigió á Palacio el presidente del Consejo, siendo recibido casi en seguida en la real cámara.

Tres cuartos de hora duró también la conversación del presidente del Consejo con la reina, durante cuyo tiempo los periodistas que, unos á pie y otros en coche habían seguido al presidente hasta Palacio, tuvieron que armarse de paciencia para soportar la falta de educación de los porteros, que no les permitieron estar en el vestíbulo y acomodarse á la rigidez de la Ordenanza militar, que por boca de un centinela les impedía también estar en la parte exterior del quicio de la puerta, ni estar en corro, ni formar grupo de más de dos personas.

Hay que hacer dos advertencias. El señor oficial de guardia, en cuanto se enteró de quienes eran los que allí esperaban, les permitió galantemente estar bajo la marquesina; los porteros faltaron á su deber, pues mientras con poca urbanidad echaron á unos del vestíbulo, permitieron á otro que allí permaneciese.

Echóse la cosa á broma, no faltando,

